

# El Infierno Renuncia a Sus Muertos

*“Yo soy el que vive, y estaba muerto; y he aquí, vivo para siempre, Amén; y tengo las llaves del infierno y de la muerte”*

— *Apocalipsis 1:18*

**EN LA TIERRA DE** Israel, hace casi dos mil años, se produjo el evento noticioso más dramático de todos los tiempos, pero entonces apenas se conocía, excepto por unos pocos seguidores de Jesús de Nazaret. Su Señor y

Maestro, crucificado por sus enemigos menos de tres días antes, había resucitado de entre los muertos por el poder divino. Ahora, una vez más, hemos llegado a la época del año en que se conmemorará este más grande de todos los milagros. Por un corto tiempo, al menos, muchos pensarán en esta manifestación del poderoso poder de Dios.

En efecto, la resurrección de Jesús fue un milagro, sobre el cual se apoya una de las grandes piedras angulares de la fe y la esperanza cristianas. El poderoso poder del Creador del universo fue ejercido para restaurar la vida a Aquel que había muerto voluntariamente por los pecados de la gente, a fin de que pudieran tener una oportunidad de vivir. El hecho de que Jesús resucitó de entre los muertos nos da la confianza de que toda promesa de Dios se cumplirá. Nos asegura que podemos estudiar Su

Palabra y planear con fe, creyendo que nada de lo que Él ha prometido es demasiado difícil para que el poder divino lo logre.

El mundo de hoy está lleno de caos y sufrimiento, y la gente teme que el mañana sea aún peor. La razón principal de esto es la incapacidad de la sabiduría y el poder humanos para hacer frente a los problemas que han sido creados por el pecado y el egoísmo. Muchos países del mundo temen los diseños agresivos de otros países, y el único medio de protección conocido por el hombre es el baluarte del armamento. Sin embargo, el éxito del plan de Dios para salvar a la humanidad de los resultados de su propio pecado está garantizado por el poder divino. Es el mismo poder que el Creador demostró al levantar a Jesucristo de entre los muertos.

En el sermón del apóstol Pablo en la colina de Marte, declara que Dios ha dado seguridad a todos los hombres de un futuro día justo al resucitar a Jesús de entre los muertos. (Hechos 17:31) Su resurrección probó que Dios estaba muy complacido con el ministerio del sacrificio de Jesús, y también atestiguó que el poder divino es abundantemente capaz de otorgar las bendiciones de vida provistas por la muerte del Maestro. Este milagro demostró además que, apoyado por el poder divino, el Cristo resucitado es plenamente capaz de establecer el control en los asuntos de los hombres, y que las promesas de su reino están seguras de cumplirse. Esto significa que podemos creer con confianza que en el debido tiempo de Dios habrá paz en la Tierra, que las naciones “golpearán sus espadas en rejas de arado, y sus lanzas en ganchos de poda”. Estas son algunas de las muchas bendiciones que se han prometido, y sabemos que el “fervor del SEÑOR de los ejércitos” cumplirá todos sus buenos propósitos. —Mic. 4:1-4; Isa. 9:7

## PRUEBAS INDUBITABLES

Lucas nos informa que Jesús “se mostró vivo después de su pasión con muchas pruebas infalibles”. (Hechos 1:3) Por lo tanto, el milagro de la resurrección está bien autenticado. Incluso después de que Jesús resucitado ascendió a la gloria, y no se apareció más a sus discípulos, habló con el apóstol Juan en una visión en la isla de Patmos, proporcionando así otra prueba de que estaba vivo. De hecho, enfatizó esto cuando, en las palabras de nuestro texto de apertura, declaró: “Yo soy el que vive y ha muerto; y he aquí, vivo para siempre”. —Ap. 1:9-18

De varias maneras, millones asocian su propia esperanza de vida con el milagro de la resurrección de Jesús. “Porque Él vive, nosotros también viviremos”, es un sentimiento común entre los cristianos profesantes, y es muy cierto. Sin embargo, exactamente cómo vivirán los redimidos por Jesús, dónde y cuándo, son preguntas que por lo general quedan sin respuesta. Ciertamente, no muchos están acostumbrados a asociar las palabras de nuestro texto con su propia esperanza de vida a través de Cristo, sin embargo, es una de las declaraciones más significativas de la Biblia sobre el tema.

Jesús no solo le anunció a Juan que ahora estaba “vivo para siempre”, sino que también tiene las llaves del infierno y de la muerte. Hasta que Jesús resucitó de entre los muertos, nadie tenía estas llaves. El mundo continuó sufriendo y muriendo, y no había nada que ningún poder humano pudiera hacer al respecto. “El pecado entró en el mundo, y la muerte por el pecado”. (Rom. 5:12) Era un castigo justo, y no podía ser puesto a un lado, porque la ley inalterable de Dios es que “el precio del pecado es la muerte”. —Rom. 6:23

Por lo tanto, no había solución al problema del

sufrimiento y la muerte. Sin embargo, después de que Jesús resucitó de entre los muertos esto fue diferente, porque entonces Él tenía las llaves que, a su debido tiempo, abrirían la gran prisión de la muerte y el infierno y liberarían a sus cautivos. (Isa. 61:1; Lucas 4:18) Pablo nos da un pensamiento similar a esto en Romanos 14:9, que dice: “Porque para esto Cristo murió, y resucitó, y revivió, para ser Señor tanto de los muertos como de los vivos”. “Ser Señor” implica tener control o poder, que es esencialmente el mismo pensamiento que Jesús simbolizó al decir que tenía las “llaves” del infierno y la muerte.

## **EL ALMA DE JESÚS EN EL INFIERNO**

Jesús asocia su muerte y resurrección con el hecho de que él ahora tiene las llaves del infierno y de la muerte, como si fuera por su propia muerte que él aseguró estas llaves. Esto es cierto. Durante el tiempo en que Jesús estaba muerto, en realidad, estaba en el infierno bíblico. Esto es traído a nuestra atención en el Salmo 16:10. Esta es una oración profética que representa a Jesús expresando su confianza en que Él resucitaría de entre los muertos, diciendo: “No dejarás mi alma en el infierno, ni dejarás que tu Santo vea corrupción”. El Apóstol Pedro, en el Día de Pentecostés, citó esta profecía y confirmó que era aplicable a Cristo Jesús, quien efectivamente había resucitado de entre los muertos. —Hechos 2:25-32

Para apreciar toda la profundidad de significado contenida en esta hermosa expresión de fe por parte del Maestro, es esencial tener en cuenta su uso de la palabra infierno, tanto en su oración como en nuestro texto, donde Jesús nos dice que ahora tiene las llaves del infierno. En el Antiguo Testamento, el infierno es una traducción de la palabra hebrea sheol, y en nuestro texto se traduce de la palabra griega hades, que tiene el mismo significado.

Esta palabra hebrea sheol es la única en el Antiguo Testamento que se traduce infierno, pero la misma palabra también se traduce sepulcro. La palabra sheol aparece, en total, sesenta y cinco veces. Treinta y una veces se traduce tumba, treinta y una veces infierno, y tres veces pozo. Dado que este era el único “infierno” del Antiguo Testamento, era por lo tanto el único infierno que los antiguos siervos de Dios conocían durante un período de unos cuatro mil años.

En realidad, el infierno bíblico es simplemente la condición de la muerte, o el estado de los muertos. Su significado se define en Eclesiastés 9:10, que dice: “Todo lo que tu mano encuentra para hacer, hazlo con tu fuerza; porque no hay obra, ni astucia, ni ciencia, ni sabiduría, en el sepulcro [Sheol], donde sea que vayas”. Esto muestra claramente que el Sheol es una condición de completa inconsciencia, que es una razón por la que tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento a menudo se refieren a aquellos que han muerto como estando dormidos. —Deut. 31:16; Sal. 13:3; Juan 11:11-14

En la mayoría de los casos, los traductores de nuestra versión King James, debido a su propio malentendido, han traducido sheol por la palabra “grave” cuando la referencia es a una persona justa. Sin embargo, traducen la misma palabra hebrea como “infierno” cuando el texto en el que aparece se refiere a una persona malvada. Para los lectores de la Biblia, esto tiende a dar la impresión de que los justos y los impíos van a diferentes lugares o condiciones cuando mueren. El punto de vista tradicional sostiene que los impíos van al infierno, que, aunque no bíblicamente, se cree que es un lugar de tormento, mientras que los justos van a la tumba.

Sin embargo, incluso esto no está totalmente de acuerdo con el punto de vista tradicional, que es que los

justos van al cielo. Probablemente los traductores esperaban que el estudiante, al leer un texto que revelaba a una persona justa como entrando en la tumba, pensara en ella simplemente como el cuerpo que encuentra su lugar de descanso en la muerte, mientras que es el alma que va al cielo.

Sin embargo, en el Salmo 16:10, la expresión profética de la confianza de Jesús en que Él resucitaría de entre los muertos, los traductores usaron la palabra infierno para traducir sheol, aunque debieron haber sabido que el texto se aplicaba a Jesús, el Hijo unigénito de Dios. Él era “santo, inofensivo, sin mancha, separado de los pecadores”, y por lo tanto no digno de ser castigado en un infierno, como ellos suponían, de tormento. (Heb. 7:26) ¿Por qué los traductores hicieron esto? ¿Por qué no siguieron su costumbre habitual y usaron la palabra grave, cuando la referencia era tan clara a una persona justa?

La respuesta, creemos, es bastante obvia. En el texto, Jesús declara que su alma no sería dejada en el infierno. Aquellos que tradujeron nuestra versión King James no creían que el alma de Jesús entró en la tumba. Ellos no creían, de hecho, que las almas humanas, sean justas o pecaminosas, vayan a la tumba, o a la condición de muerte, por lo que no podían traducir muy bien el texto de una manera que indicara que toda la cristiandad tenía una creencia errónea.

Por lo tanto, usaron la palabra infierno, a pesar de que deben haber sabido que esto causaría que algunos se preguntaran por qué Jesús fue al infierno cuando murió. Se vieron atrapados en un dilema y eligieron la mejor solución que pudieron. Después de todo, tradicionalmente —pero no escrituralmente— los que están en el infierno están vivos, no muertos, por lo que poner el alma de Jesús en el infierno por su traducción significaría que al menos

todavía estaba vivo.

No nos oponemos particularmente a la palabra infierno como una traducción de sheol, porque después de todo, el significado original de la palabra inglesa infierno es simplemente una condición “oculta” o “cubierta”. Fue solo cuando la palabra recibió un significado falso por aquellos que no entendían la enseñanza de la Biblia relativa a la muerte, que las sugerencias de fuego y tormento se asociaron con ella. La palabra grave, si la consideramos un verdadero lugar de entierro, tampoco es una buena traducción de sheol, que denota la “condición” de la muerte, no un lugar de entierro.

El alma de Jesús entró en la condición de muerte. El profeta Isaías declara que “Él ha derramado su alma hasta la muerte”, y también que su alma sería una “ofrenda por el pecado”. (Isa. 53:12,10) La palabra alma, como se usa en la Biblia, significa el ser vivo. El pensamiento de Jesús derramando su alma hasta la muerte es simplemente que Él dio su vida. Él hizo esto, explica Isaías, como una ofrenda por el pecado.

Fue a través de la desobediencia de un hombre que “el pecado entró en el mundo”, explica Pablo, “y la muerte por el pecado”. (Rom. 5:12) Así que toda la raza humana, en realidad, ha estado entrando en el infierno bíblico, la gran prisión de la muerte. No están sufriendo tortura allí, sino que están muertos. La Biblia los representa como dormidos; primero, porque están inconscientes, y también porque en el debido tiempo de Dios deben ser restaurados a la vida por el poder divino, milagroso. La razón de esto es que Jesús, al derramar su propia alma hasta la muerte, redimió a Adán y a su raza de la muerte. Él tomó el lugar del pecador en la muerte, en el sheol, hades, el infierno bíblico. —vss. 17-19; 1 Cor. 15:20-22

En nuestro texto, Jesús confirma este punto de

vista, declarando: “Yo soy el que vive y estaba muerto”. Jesús estaba realmente muerto, desde el momento en que clamó en la cruz: “Se ha cumplido”, hasta que Dios lo resucitó de entre los muertos. (Juan 19:30; Mat. 28:5-7) Él murió, voluntariamente, renunciando en la muerte a su hombría perfecta como un rescate, o precio correspondiente, por la raza maldita por el pecado, y por lo tanto adquirió las llaves —el derecho o la autoridad— para abrir las puertas del infierno y de la muerte. —Mat. 20:28; 1 Tim. 2:3-6

En una promesa muy maravillosa al Apóstol Pedro, Jesús se refirió al infierno—hades—como que tenía puertas. Jesús habló sobre la construcción de su iglesia, y dijo que las “puertas del infierno” no prevalecerían contra ella. (Mat. 16:18) Pablo explica más tarde que la iglesia, los cristianos fieles de la época actual, comprenden el “cuerpo” de Cristo, y que Cristo no es “un miembro, sino muchos”. (Ef. 1:22,23; 1 Cor. 12:12,14) La palabra Cristo del Nuevo Testamento corresponde con la palabra Mesías del Antiguo Testamento. Lo que Jesús y Pablo querían decir, por lo tanto, es que las promesas mesiánicas del Antiguo Testamento deben esperar para su cumplimiento que toda la clase de la iglesia esté completa. Entonces, como el Maestro le dijo a Pedro, las “puertas del infierno” no prevalecerán contra el cumplimiento de estas promesas divinas.

Las promesas de Dios fueron que, a través del Mesías, que como hemos visto, es incluir a la iglesia, el mundo recibirá vida. La iglesia, por lo tanto, compartirá con Jesús la obra prometida de bendecir a todas las familias de la tierra, como se prometió originalmente al padre Abraham. (Gén. 12:3; 22:18) Pedro explica que esta bendición incluye la resurrección de los muertos. Él lo describe como restitución, lo que significa restauración, y

afirma que habrá “tiempos de restitución de todas las cosas”, y que este gran tiempo futuro de bendición fue prometido por la “boca de todos sus santos profetas [de Dios] desde que el mundo comenzó”. —Hechos 3:20,21

Esta bendición prometida seguramente vendrá. Mientras que cada generación de la raza maldita por el pecado ha bajado a la gran prisión de la muerte—el infierno bíblico—las puertas del infierno no prevalecerán para mantenerlos allí. Jesús tiene las llaves de esas puertas. Las abrirá de par en par, y llamará a los prisioneros a la libertad. (Isa. 49:7-9) Los miembros de su cuerpo, la iglesia, son los primeros en regresar de la muerte a través de esas puertas. A ellos se les conoce como la “primera resurrección”, y se les da la explicación de que ellos “reinarán con Cristo mil años”. —Ap. 20:4,6

La iglesia, levantada de la muerte y exaltada a la gloria y el poder con Jesús, se unirá a Él en la obra milenaria de despertar al resto de los muertos, manteniendo las puertas del infierno abiertas hasta que todos los prisioneros de la muerte sean puestos en libertad. Estamos seguros de esto en Apocalipsis 20:13, donde leemos: “El mar entregó los muertos que estaban en él; y la muerte y el infierno entregaron los muertos que estaban en ellos”.

¡Lo más seguro es que el infierno renunciará a sus muertos! El Creador, que dio la vida, ha prometido restaurar la vida, y Jesús ratificó estas promesas entregándose a sí mismo en la muerte como un rescate por Adán y su descendencia condenada y moribunda. A través de la muerte sustitutiva del hombre perfecto Jesús, toda la humanidad fue rescatada por el Señor, y una de las promesas tranquilizadoras de Dios es que “los rescatados por el Señor volverán [de la muerte], Y llegarán a Sion [el reino mesiánico] con canciones y gozo eterno sobre sus cabezas; obtendrán gozo y alegría, y el dolor y la tristeza desa-

parecerán”. —Isa. 35:10

## TRES GRANDES MILAGROS

Visto así, que el más grande de todos los acontecimientos en la historia humana, la resurrección de Jesucristo de entre los muertos, fue en realidad el primero de tres milagros sobresalientes en el plan de Dios para redimir a la humanidad de la pena de muerte y para restaurar a la gente a la vida. El segundo de estos milagros es la resurrección de los seguidores de Cristo y su exaltación a la naturaleza divina para vivir y reinar con él durante los mil años de su reino. El tercer gran milagro será el despertar de la muerte de todos los que están en sus tumbas, para que también tengan la oportunidad de participar en las bendiciones compradas por la muerte de Jesús en la cruz del Calvario. —Juan 5:28,29; Hechos 24:15; Ap. 21:3-5

Aquí, pues, hay un fundamento seguro para la fe y la esperanza, aunque el mundo de hoy está más afligido con el sufrimiento y la muerte que nunca antes. En una profecía concerniente a nuestros días, Daniel habló de un “tiempo de angustia, como nunca antes desde que existen las naciones”. (Dan. 12:1) Hay todas las razones para creer que esta profecía se está cumpliendo en el actual temor y angustia mundiales de la gente. La perspectiva sería oscura y sombría, si no fuera por el hecho de la asociación con esta profecía brinda la seguridad de la liberación, no solo de la angustia, sino también de la muerte.

“En aquel tiempo”, continúa Daniel, “serán salvados todos los de tu pueblo, cuyo nombre se halla anotado en el libro. Y del polvo de la tierra se levantarán las multitudes de los que duermen”. (Dan. 12:1,2) La expresión, “tu pueblo”, es una referencia al pueblo de Daniel, que en realidad es el pueblo de Dios, cristianos fieles de la era actual—israelitas espirituales. Ellos son

los primeros en ser salvados, y esto tiene lugar en la primera resurrección. Entonces seguirá el despertar de aquellos que “duermen en el polvo de la tierra”. Cuando se despiertan de la muerte, estos tendrán la oportunidad de aceptar las provisiones de la gracia divina a través de Cristo. Si hacen esto, y obedecen las leyes del reino vigentes, recibirán vida eterna sobre la tierra. —Mat. 6:10

Es una perspectiva gloriosa, tanto para los seguidores de Jesús, como para la humanidad en general. El hecho de que el mundo está pasando por un gran momento de problemas y angustia significa que estas bendiciones prometidas de vida están muy cerca. Al darse cuenta de esto, nuestra conmemoración de la resurrección de Jesús este año debería ser más significativa que nunca e inspiradora en esperanza. Aunque podamos estar rodeados de tristeza y muerte, las promesas divinas de alegría y vida están cerca. ¡La garantía de esto es que hace casi dos mil años, Dios resucitó a Jesús de entre los muertos! ■